

PEHUEN, PEHUENCHES Y PIÑONES

por el prof. HUGO GUNCKEL

Presidente de la Academia Chilena de Ciencias Naturales

Muchas veces, al recorrer los conquistadores españoles las regiones andinas de la Araucanía o las altas cumbres de la Cordillera de Nahuelbuta, tuvieron ocasión de admirar los verdaderamente fantásticos parques naturales formados por el más elegante de los árboles silvestres de nuestros bosques, aquel árbol que Vicuña Mackenna denominó con justicia el Rey de la selva chilena, el *pino araucano* de Juan Ignacio Molina, el *pehuén* de los mapuches.

Se trata botánicamente de:

Araucaria araucana (Molina) Koch, descrita primeramente por J. I. Molina en 1782 bajo el nombre de *Pinus araucana*, pero este mismo autor describe este vegetal ya en su Compendio anónimo del año 1776 y da de él una de las láminas con que ilustra esta obra.

El pehuén ha sido luego descrito varias veces más por otros botánicos; así figura bajo los siguientes binomios que ahora son considerados sinonimias:

Dombeya chilensis Lamark.

Araucaria chilensis (Lamarck) Mirbel.

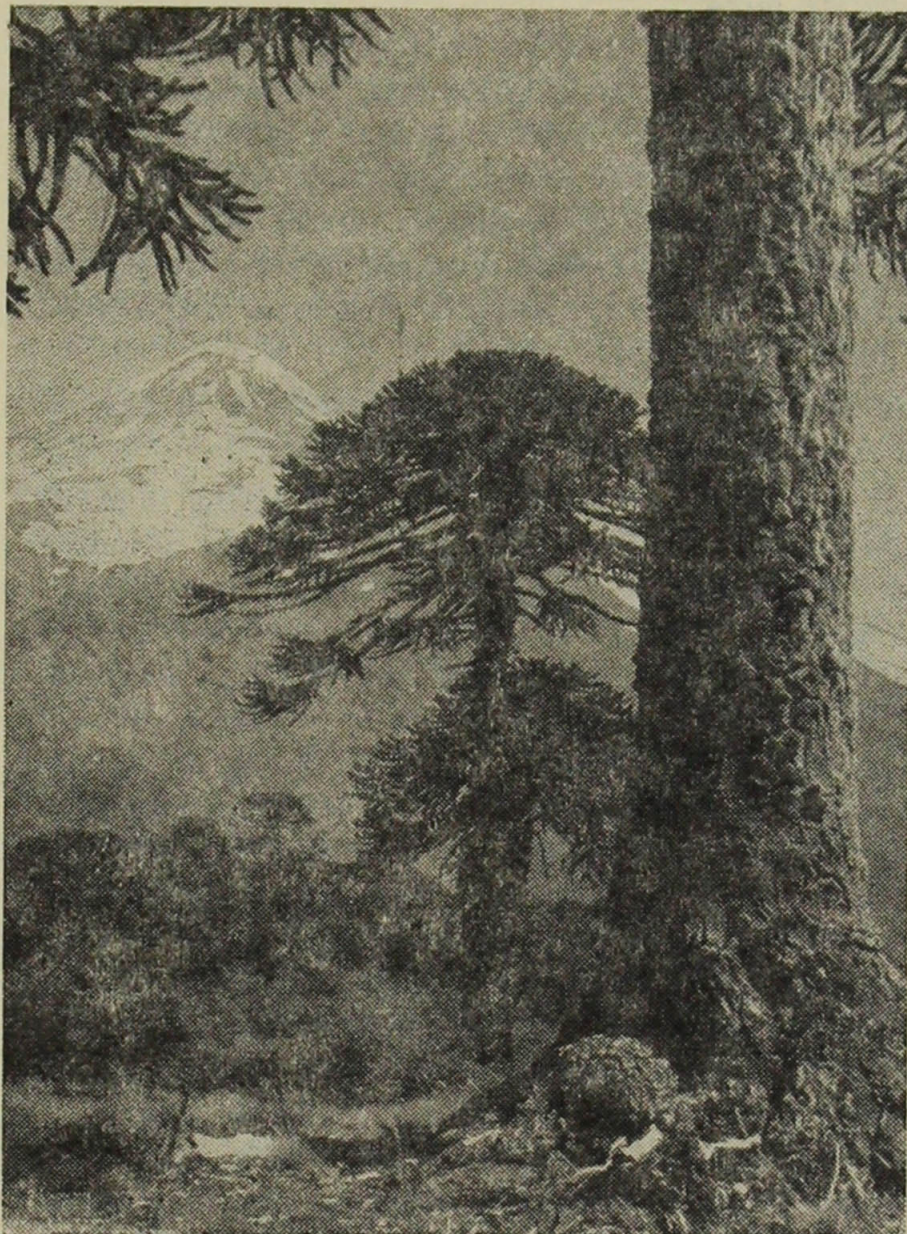
Colymbea quadrifaria Salisb.

Araucaria dombeyi A. Richard.

Araucaria imbricata Ruiz & Pavon.

Debemos al cronista valdiviano Mariño de Lovera las primeras noticias sobre la existencia de este árbol. En efecto, informa que en 1561 un grupo de soldados españoles, al mando del capitán Pedro de Leiva, exploraron la región andina frente a la ciudad de los Infantes (Angol) y en su trayecto encontraron varias poblaciones de "pehuenches" que vivían a la sombra de bosques de araucarias. Mariño de Lovera al dar cuenta de esta campaña, describe así en su *Crónica del Reino de Chile*, este acontecimiento:

Para ver todo esto más de cerca se fueron (Francisco de Villagra, Pedro de Leiva, más cuarenta soldados a caballo) desde la ciudad de los Infantes hacia la cordillera nevada... bajando hacia el mar del norte por la tierra llana, donde hallaron muchas poblaciones de indios de diferentes talles y aspecto que los demás de Chile, porque todos sin excepción son delgados y sueltos; aunque no menos bien dispuestos y hermosos, por tener los ojos grandes y rasgados, y los cuerpos muy bien hechos y altos.



El mantenimiento desta jente casi de ordinario es piñones sacados de unas piñas de diferentes hechuras, y calidad así ellas como sus árboles. Porque ellas son tan grandes que viene a ser cada piñón después de mondado del tamaño de una bellota de las mayores de España. Y es tan grande el número que hay destos árboles en todos aquellos sotos y bosques que bastan a dar suficiente provisión a toda aquella jente, que es innumerable, tanto que de ellos hacen pan, el vino y guisados. Y por ser la principal cosecha a cierto tiempo del año, tienen grandes silos hechos debajo de tierra en que están escondidos muy anchas acequias de agua, para que ellos no puedan engendrar, porque a no haber agua encima, luego brotaran haciendo nueva sementera, y que-

dando ellos corrompidos. Y no para la utilidad de estos árboles en dar fruto, más también se destila dellos grandes abundancia de resina blanca muy medicinal para diversas enfermedades, especialmente para sacar frío y hacer vilmas, y es tanta la altura destos árboles que viendo los españoles tanta grandeza les pusieron por nombres líbanos, por ser tan altos que viniendo a medir algunos que estaban caídos en el suelo, hallaron algunos de doscientos y setenta pies de largo¹.

Desde entonces casi todos los cronistas coloniales que hablan de cosas de la Araucanía, informan sobre la existencia de este árbol maravilloso, aunque ya los españoles lo habían encontrado en el sur del Brasil y en el norte de la Argentina, en el virreinato de La Plata, en una especie muy semejante, denominada ahora en la ciencia botánica *Araucaria angustifolia* (Bert.) O. Kuntze.

Un autor argentino contemporáneo escribe lo siguiente sobre el árbol que estamos tratando:

“El pehuén es el representante en nuestra flora de las coníferas, que en el período terciario adquirieron desarrollo gigantesco y convivieron posiblemente con los grandes animales antediluvianos. En las faldas de la cordillera andina, en la parte comprendida entre los volcanes Copahue y Lanín, se extiende una zona boscosa de coníferas agrupadas en forma tan original que sugiere las más abstractas concepciones e imprime al ambiente un sello de arcaísmo y de misterio. Son los bosques del PEHUÉN. Severo aspecto da al paisaje su amplia copa esferoide o coniforme de ramas que se extienden en busca de expansión y de aire. Troncos señoriales, erectos algunos, rugosos por los años otros, pero duros al hachazo, extienden su ramazón que quiere ser acogedora, aunque en verdad son robustas sierpes de escamas hoscas y punzantes, dispuestas en matemática imbricación helicoidal. Su conjunto semeja una centuria de gigantes en guerrera actitud de dispersión; una cohorte sobreviviente a la hecatombe que agitó a la pretérita Neuquenía. A veces se diría un peristilo de columnas árabes, rematando capiteles de alguna alhambra incógnita. Se le ven en lo más agreste de las cumbres, en donde más fuertemente despliegan su furor los vientos. Afirmanse mediante fuerte garra que, entre las rocas ásperas, retuerce los tentáculos de su raigambre. A veces se alinean al borde de los precipicios, como asomándose al abismo para escrutar el misterio a través de los follajes que los nimban. Yerguen su hirsuta cúpula salpicada de conos henchidos, erizados de doradas puntas; es el remate airoso de un tronco de cuarenta o más metros. Pareciera que por fin lograron otear el horizonte por encima de sus congéneres menos dotados, que

en vano procuran empinarse desasiéndose de la ramazón de los ÑIRES abrazados a sus troncos. Su gallardía ennoblece al paisaje de por sí severo, patético, sugerente, benévolo y acogedor. A su vera se siente la emoción de la naturaleza bárbara, el alma se embarga y el pensamiento retrocede hacia el pasado cósmico, nebuloso e inescrutable. En ninguna otra región de la Cordillera, fuera de la ya anotada, existe este árbol, que es representativo de un pasado paleontológico en que la vegetación y la fauna eran más exuberantes y en que el tiempo se contaba por milenios. Parece que una razón de privilegio prevaleció en los designios del Creador, al hacerles sobrevivir a los grandes cataclismos y al arrastre de los glaciares que dejaron, en las márgenes de los álveos en declive, el testimonio de una vida que la ciencia calcula haberse desarrollado en un marco tropical. En el pasado cretáceo, tal vez a su sombra, sus contemporáneos, los antarcosaurios, pegotearon los hinchados conos con la secreción de sus mandíbulas, o acariciaron su ramaje mientras solazáranse a su abrigo; tal vez el delicioso piñón no bastara para saciar su voracidad y tuvieron que ramonear los colihues que se arqueaban en ojivas para formar doradas galerías; tal vez los milodones pulieran sus colmillos en los rugosos troncos y a sus pies se echaran para digerir la presa difícilmente cobrada; tal vez en las plateadas noches, la densa copa pehueniana, como un dosel, abrigara el tálamo de los monstruos, cuyos baladros pusieron espanto en los seres refugiados en las oquedades de las bardas; tal vez los vientos al cortarse en el filo de sus escamas, concertaran majestuosa sinfonía para que la naturaleza rindiera el debido homenaje al Creador”².

La araucaria chilena —que se conocía entre los primitivos pehuenches con el nombre de *atem* y que los mapuches denominan aun hoy día como *ñillu* o *pehúe*—, ha desempeñado, desde tiempos remotos, un muy importante papel en la etnología regional, especialmente andina.

Por otra parte, los primitivos indígenas que vivían en la región comprendida donde habita la araucaria, pero siempre en plena cordillera, llevaban el nombre de *pehuenches*³, lo que nos demuestra la significación social, económica y aun totémica que este árbol tenía para los aborígenes de aquella región.

Era una entidad racial de costumbres nómadas, de acuerdo con los rigores del invierno que cubría las altas cumbres de las montañas andinas con un blanco manto de nieve; se alimentaban casi exclusivamente de piñones y se dedicaban sólo accidentalmente a la caza, usando para este fin la boleadora que también era su principal arma defensiva en sus guerras y malones.

Primitivamente ocupaban sólo las faldas orientales de la cordillera andina desde Chillán hasta Lonquimay; posteriormente esta tribu se estableció también en los valles y faldas occidentales de los Andes hasta el nacimiento del Bío-Bío, donde la hallamos durante la segunda mitad del siglo XVII, ocupando principalmente el alto valle desde Santa Bárbara y más tarde emigraron más al sur, al producirse un cambio en el clima.

Los pehuenches en épocas muy remotas hablaban un idioma algo distinto al mapuche, que desgraciadamente no fue recogido por los cronistas "salvo un comentario sobre las condiciones de pronunciación que según tradición, era dura y gutural". Antonio Serrano ha continuado sus investigaciones, sospechando por algunos indicios que el idioma de esta raza pehuenche primitiva estaría vinculado al idioma de los huarpes y quizá a la forma dialectal milcayac⁴. Sólo durante los últimos siglos los pehuenches adaptaron el idioma mapuche para sus relaciones interraciales.

La raza pehuenche ha sido considerada como originaria del Neuquén según Canals Frau. Por su parte don Ricardo E. Latcham ha sostenido la tesis de que el pehuenche formaría parte de un núcleo racial primitivo, originado en el norte de Neuquén, en la Argentina, que luego pasaría a Chile, influyendo sobre la civilización araucana, hasta el momento de la conquista española, en que invade el Neuquén de nuevo y se extiende hasta las pampas netamente argentinas. La desaparición total de los pehuenches primitivos no ha permitido un estudio profundo, a lo cual se ha agregado la confusión, difundida en la mayoría de los casos por los cronistas que en sus comentarios hablan del PEHUENCHE PRIMITIVO y del PEHUENCHE ARAUCANIZADO, como si se tratara de una sola raza.

Los recursos económicos de estos indígenas eran no sólo la caza en forma accidental, sino principalmente la recolección de piñones que almacenaban en grandes cantidades para el consumo de casi todo el año. Comercian desde épocas remotas con tribus vecinas intercambiando la sal, que abundaba en sus dominios⁵, y los piñones, por otros productos.

Tanto Juan Ignacio Molina, como Luis de la Cruz, que nos han dejado descripciones interesantes sobre estos indígenas, ya los encontraron araucanizados, "puesto que usaban prendas similares a las de los mapuches, y sus mujeres eran buenas y hábiles tejedoras".

Amat y Juliet expresa en 1760 que los primitivos pehuenches eran altos, muy corpulentos y belicosos. De la Cruz, en su viaje desde Concepción hasta Buenos Aires, que los visitó en 1806, estima que su es-

tatura media era "de unas dos varas más o menos", es decir 1,70 m. Se sabe, además, que ellos formaban tres parcialidades: las de Malahue y de Huarhuarco en el territorio actualmente argentino, y de Villucura en Chile.

El alimento más importante de los pehuenches eran, sin duda, los frutos de las araucarias, que los primeros conquistadores denominaron *piñones* y los mapuches *ñilíu* (ngülliu). Para poder comerlos los cocían en agua o los tostaban; cocidos y secados preparaban con ellos una harina especial, con la cual hacían pan, el *cofque-ñilíu*⁶, y tortillas especiales sin levadura. También los usaban para espesar una sopa o cocimiento de carne y frutas silvestres. El fruto era aprovechado además para la elaboración de una bebida fermentada embriagante, que se bebe aun en la actualidad en algunas regiones de la cordillera.

La araucaria desempeñaba también un importante papel en la medicina indígena de la Araucanía.

Su goma resina, que es una secreción del tronco, se usaba y aún se usa en aplicaciones curativas y ha constituido una verdadera panacea. "Se empleaba en parches para las contusiones y úlceras infectadas; para cicatrizar heridas recientes, para consolidar quebraduras y relajaciones, mitigar dolores de cabeza, provenientes de fluxaciones, y para la jaqueca. Por último, para aliviar y limpiar úlceras venéreas mediante su acción diurética, suministrándosela en forma de píldoras.

Eduardo Poeppig —distinguido botánico alemán que recorrió en 1928 la región del volcán Antuco— informa que al morir un pehuenche era costumbre ancestral colocarle en su tumba, junto con otros alimentos y objetos de su diario vivir, algunos puñados de piñones, con el objeto de que tuviera un feliz viaje y una pronta llegada al país imaginario de sus antepasados. Esto expresa el gran respeto y estimación que los aborígenes atribuían a la araucaria, puesto que sus frutos les eran indispensables en la vida y en la muerte⁷.

Hasta nuestros días, la araucaria es considerada entre los indígenas como un árbol sagrado. Un ejemplar que crece solitario a orillas del camino entre el pueblo de Llaima y la cordillera de Melipeuco, en la provincia de Cautín, constituye un símbolo: a sus pies los viajeros depositan siempre alguna ofrenda material, para gozar de un feliz término del viaje y obtener éxito en las empresas que el viajero se propone. Recuerdo, sin duda, de épocas pretéritas cuando el pehuén desempeñaba un importante papel totemico entre los primitivos moradores de aquella región andina.

En general, el *pehuén* milenario, elegante y misterioso, ha desempeñado siempre un papel de alto interés etnobotánico entre los pehuenches. Nuestros bosques o parques naturales de araucarias verdaderamente fantásticos, necesitan una protección efectiva e inmediata, ya que constituyen un valioso tesoro etnológico, y además, por su vinculación directa con una entidad racial que lentamente está desapareciendo, al igual que los árboles.

Ellos constituyen, no sólo una atracción turística de incalculable valor para el futuro. Son, además, los testigos mudos de un pasado glorioso de los aborígenes de nuestra tierra mapuche.

NOTAS.

¹Pedro Mariño de Lovera. *Crónica del Reino de Chile*, publicada en Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo VI, página 268, Santiago de Chile, 1865.

²Gregorio Alvarez. *Pehuén Mapu*. Editorial Pehuén. Buenos Aires, 1953.

³*Pehuenche*: voz compuesta de origen mapuche: de *pehuen*, la araucaria, y *che*, el hombre; es decir, hombre del territorio donde crece el pehuén. Según Fray P. Armengol Valenzuela, pehuén se derivaría de *pen* y de *hue* = visión, ver aún más = vistosísimo, probablemente por la gran altura de este árbol (Valenzuela, *Glosario Etimológico II*: 156. Santiago de Chile, 1918).

⁴Esteban Erize. *Diccionario Comentado Mapuche-Español. Araucano-pehuenche-pampa-picunche-rancülche-huilliche*: 315. Editorial Yepun. Bahía Blanca, 1960.

⁵Esteban Erize, 1. c.: 316.

⁶*Cofque-ñilíu*: voz de origen mapuche, de *cofque* = pan amasado, y *ñilíu*, el pehuén o araucaria, nombre de su fruto; es decir, un pan amasado preparado con harina elaborada con el fruto de este árbol.

⁷Eduardo Poeppig. *Reise in Chile, Perú und auf dem Amazonenstrom, während der Jahre 1827-1832*. Tomo I: 393, 1835.

BIBLIOGRAFIA

Ginzburg, A. P. *Principles or Geochemical Prospecting*. Pergamon Press, London, 1963.

Hawkes, H. E. y Webb, J. S. *Geochemistry in Mineral Exploration*. Harper and Row, New York, 1962.

Malyuga, D. P. *Biogeochemical Methods of Prospecting*. Consultants Bureau, New York, 1964.

Rankama, K. y Sahama, Th. G. *Geoquímica*. Aguilar, Madrid, 1954.

Vinogradov, A. P. *The Geochemistry of Rare and Dispersed Chemical Elements in Soils*. Consultants Bureau, New York, 1959.

BIBLIOGRAFIA

I. Haegi, G. *Illustrierte Flora von Mittel-Europa*. Band III München, Alemania, 1957.

II. Johow, F. *Die phanerogamen Schmarotzerpflanzen*. Santiago, Chile, 1890.

III. Muñoz, P. *Sinopsis de la flora chilena*. Edic. de la Universidad de Chile. Santiago, Chile, 1959.

IV. Reiche, C. *Grundzüge der Pflanzenverbreitung in Chile*. Leipzig, 1907. Trad. del alemán al castellano bajo el título de "Geografía botánica de Chile", por D. Gualterio Looser, tomo I, en 1934, y tomo II, en 1937.

V. Skottsberg, C. *Myzodendraceae*. Das Pflanzenreich. A. Engler. iv-68. Neudruck. Alemania, 1958.